

§. VIII.

La purificacion de la santísima Virgen despues del parto, ó la presentacion de Jesus en el templo de Jerusalem.

Cumplidos los cuarenta dias, va la santísima Virgen á Jerusalem; y llevando á su hijo en los brazos, entra en el templo, ofrece al Señor dos pichones como lo ordenaba la ley á las mugeres pobres, en cuya clase se contaba la santísima Virgen. Es verdad, dicen los padres, que teniendo la ventaja de presentar á Dios el cordero sin mancha en la persona de su hijo, no hubiera sido oportuno ofrecer el cordero, que era una simple figura, cuando se ofrecia la realidad. No obstante esto, fue preciso rescatar por dinero, segun la ley, al que habia venido á rescatar al mundo; para lo cual dió María cinco siclos, que hacen como unas cinco ó seis libras de la moneda de Francia, que equivalen á otras tantas pesetas de España. Toda esta ceremonia legal no fue, digámoslo así, sino la corteza del misterio: el sacrificio del hijo y de la madre era todo interior: el Salvador se ofrecia ya al sacrificio de la cruz, y se ofrecia por las manos de su madre; como si no habiendo querido hacerse hombre sin el consentimiento de su madre, no hubiese querido tampoco ofrecerse en sacrificio sobre la cruz por la salvacion de los hombres sin su consentimiento. Así se reconocen dos sacrificios que hizo en este dia la madre de Dios en una sola ceremonia; el primero, como vírgen por su purificacion legal; el segundo, como madre por la presentacion de su hijo, el cual se obligaba desde entónces á morir en la cruz por nuestra salvacion.

Apénas la santísima Virgen hubo entrado en el templo con el niño Jesus en sus brazos, llegó un venerable viejo llamado Simeon; era éste un santo hombre, que suspiraba mucho tiempo habia por la venida del Redentor; y el Espíritu santo, del cual estaba lleno, le habia dado una secreta seguridad de que veria ántes de su muerte al Mesías, y el mismo Espíritu santo que le conduxo al

templo, le reveló que el niño que veía en los brazos de aquella jovencita muger era el Salvador. Entonces el santo Viejo, arrebatado de un transporte de gozo y de amor, acompañado de un sentimiento del mas vivo reconocimiento, tomando al niño en sus brazos, y levantando los ojos al cielo, exclamó: Ahora, Señor, no teneis ya que hacer otra cosa con vuestro siervo que disponer de su vida; moriré en paz, segun la promesa que me habeis hecho. No tengo ya que desear, ni mis ojos no tienen ya nada que ver sobre la tierra despues que han visto al Salvador del universo. Vos le habeis destinado para que esté expuesto á la vista de todos los pueblos, como el objeto de su respeto y de su amor: él ha de ser la luz de las naciones, y la gloria de vuestro pueblo Israel. José y María estaban en una profunda admiracion viendo lo que pasaba, cuando encarándose á ellos el santo Viejo, les dió la enhorabuena por la dicha de tener por hijo al Salvador del mundo: los bendixo, y á María su madre la dixo, que aunque aquel divino niño no habia venido al mundo sino á salvar á todos los hombres, con todo, muchos no se aprovecharian, por su culpa, del beneficio de la redencion, los cuales en lugar de hallar en él un Salvador misericordioso, no hallarian sino un juez severo, que lejos de ser recibido con respeto por los que le habian deseado con tanta impaciencia, sería el objeto de su ódio mortal: que sería maltratado, perseguido y hecho el blanco de la contradiccion; y tú misma, por mas que seas la mas dichosa de todas las madres, serás tambien la mas afligida: tendrás parte y no poca en sus dolores: los ultrages que harán á tu querido hijo, serán para ti como otras tantas puñaladas que te traspasarán el corazon: tú le ofreces en este dia á Dios, como una víctima que debia inmolarse un dia por la salvacion del mundo: te cabrá á ti una gran parte en aquel puro sacrificio; y todo lo que tu hijo padecerá en su cuerpo, lo padecerás tú en tu corazon.

Sobrevino al mismo tiempo al templo una santa viuda, llamada Ana, de edad de ochenta y cuatro años, que estaba dotada del don de profecía, y que lo mas del tiempo estaba en el templo pasando los dias y las noches en ayunos y en oracion, derramando su corazon delante del Señor. Viendo al niño Jesus, conoció quién

era, dándosele á conocer la misma luz interior que se lo habia dado á conocer á Simeon; y lo mismo fue verle, que prorumpir al instante en alabanzas y en acciones de gracias al Señor por el favor que hacia al mundo en darle, en fin, un Salvador en la persona de aquel niño; y no cesó de hablar del prodigio que habia visto á todos los que como élla aguardaban la redencion de Israel.

Habiendo cumplido la santísima Vírgen y san José con todo lo que estaba mandado por la ley, se volviéron á Nazaret, que era el lugar de su residencia; pero no permaneciéron en él mucho tiempo. Las persecuciones contra el Salvador, predichas por el santo Viejo, no tardaron en verificarse: la fama de lo que acababa de suceder en el templo se extendió bien presto por Jerusalem; en todas partes no se hablaba de otra cosa que de estas predicciones, las que parecia solo podian convenir al Mesías. Llegó este ruido hasta la corte: asustóse Heródes; y ajustando lo que acababa de suceder, con lo que le habian dicho los Magos, se afirmó en que aquellos extrangeros le habian burlado: inflamóse entonces toda su crueldad; y viendo su furiosa ambicion que su primer designio se habia frustrado, tomó entonces mismo la bárbara resolucion de hacer degollar á todos los niños de sus estados, de dos años abaxo, pareciéndole que no podia menos de envolver en esta general matanza el que hacia el asunto de su temor: ; pero que puede toda la industria contra los designios de la providencia de Dios.

El ángel del Señor avisó en sueños á san José el bárbaro designio de aquel impío Rey, y le mandó tomar al instante niño y madre, y retirarse prontamente á Egipto, y permanecer allí hasta que se le mandase volver. No se detuvo José un momento en obedecer: aquella misma noche partió para Egipto, en donde permaneció con Jesus y María hasta despues de la muerte del Tirano. Como la santísima Vírgen y san José estaban perfectamente instruidos del misterio que se encerraba en aquella huida, no se sorprendiéron, ni se alteráron; estaban demasiado bien dispuestos á toda suerte de acontecimientos para que se asustasen de nada de quanto les sucedia.

Lá antigua tradicion de los griegos, citada por san

Atanasio y por Sozomeno, dice, que al punto que el Salvador entró en Egipto, todos los ídolos del pais se hicieron pedazos, y quedáron mudos, sin que se supiese por entonces la causa de este accidente. Se cree, que aquella santa familia fixó su domicilio en la ciudad de Hermópolis; y todavía se muestra el dia de hoy entre el Cayro y Heliópolis un lugar llamado Mátara, donde hay una fuente, en la cual se pretende que la santísima Vírgen lavó los pañales que servian al niño Jesus; y este lugar está todavía al presente en gran veneracion entre los cristianos y aun entre los infieles.

El retiro del Salvador á Egipto, y su detencion santificaron aquella afortunada region de tal manera, que con el tiempo vino á ser la habitacion de los santos, y el retiro de tantos millares de ilustres anacoretas.

§. IX.

Huye el Salvador á Egipto, y Heródes manda degollar á los inocentes.

Apénas el niño Jesus habia llegado á Egipto, cuando Heródes, el mas bárbaro y cruel de quantos tiranos hubo jamás en el mundo, mandó degollar en Belen y en todos sus alrededores á todos los niños varones de dos años abaxo. Pensando este impío Rey que la estrella no habia podido aparecer sino poco tiempo despues del nacimiento del niño, determinó hacer perecer á todos quantos habian nacido cerca de dos años ántes de la aparicion de la estrella, creyendo que no podia menos de ser envuelto en esta matanza aquel que los Magos habian venido á adorar. El erudito Salmeron dice, que el número de las víctimas inocentes que fueron inmóladas á honra del Salvador recién nacido, fue de cerca de catorce mil. El Tirano no sobrevivió mucho tiempo á esta cruel carnicería; todavía estaba humeando la sangre de todos estos santos inocentes cuando Heródes se sintió asaltado de una enfermedad nunca oida hasta entónces: salió de su cuerpo un horribigüero innumerable de gusanos, que alimentándose de su carne hecha podre, le devoraban con sus mordeduras; y ex-

halaba una hediondez tan insorportable, que no pudiendo sufrirse él á sí mismo, quiso muchas veces matarse para librarse de sus dolores. Un calor lento, que no se percibía por fuera, dice Josefo, le abrasaba y devoraba: tenia un hambre tan violenta, que nada podía saciarle: sus intestinos estaban llenos de úlceras, que le causaban tan violentas cólicas, y estas cólicas tan horribles dolores, que jamás ningun reo sufrió suplicio mas cruel: todo su cuerpo hasta su cara era un hervidero de gusanos, y esta corrupcion general exhalaba un olor tan hediondo, que nadie podía acercarse á él. Despues de haber sido devorado en vida por los gusanos este Príncipe tan cruel como impío, murió desesperado uno ú dos meses despues de la manzana de los inocentes, habiendo caído enfermo el mismo dia en que hizo executar esta horrible carnicería.

Muerto el Tirano, al punto hizo Dios que la nueva fuese llevada á San José por un ángel, que apareciéndosele en sueños, le dixo que se levantara, y tomara al niño y á la madre para volverse con ellos á tierra de Israel, pues ya no vivían los que querían quitar la vida al divino infante. Obedeció José; pero habiendo sabido en el camino que Arquelao, hijo de Heródes, habia sucedido á su padre, temiendo que este Príncipe habia heredado sus zelos y su crueldad, no se atrevió á fixar su domicilio en las inmediaciones de Jerusalem, y por un nuevo orden del cielo se retiró á Nazaret, á fin, dice el Historiador sagrado, que lo que habia sido predicho del Salvador por los profetas se cumpliese; es á saber, que se llamaria Nazareno, aunque no habia nacido en esta ciudad.

Aunque nada nos dicen los evangelistas de la infancia del Salvador, no es difícil comprender que no fue ni ménos admirable, ni ménos prodigiosa que lo restante de su vida mortal: la razon no necesitaba del socorro de los años para desenvolverse en aquel que era esencialmente la sabiduría increada; pues aunque Jesucristo fué niño en la edad, no lo fue jamás en el espíritu: desde el primer instante de su concepcion fue aquel renuevo divino aquella flor celestial, aquella raiz de la vara de José, sobre el cual, como dice el Profeta, descansaba el espíritu del Señor, el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de cien-

cia y de piedad: ni su sabiduría ni su razon dependian de la educacion ni de la edad. Uniéndose el Verbo divino á la naturaleza humana, quiso sujetarse á sus leyes; pero no á sus defectos: quiso ser niño en cuanto al cuerpo; pero su alma jamás experimentó las flaquezas de la infancia: en aquella primera edad poseía ya todos los tesoros de la ciencia y sabiduría divina; y siendo infinitos estos tesoros, no podian tener incremento: Jesucristo no solo no podía adquirir nada de nuevo en cuanto Dios; pero ni aun en cuanto hombre podía crecer en luces, ni en perfecciones, ni en gracias; porque aunque era hombre, era Dios al mismo tiempo: solamente podía dar señales y muestras de sabiduría y de ciencia mas ó ménos sensibles, proporcionando y adaptando á la edad el uso de sus tesoros; y así, cuando el evangelio dice que el niño Jesus crecía en edad, en sabiduría y en gracia, no quiere decir otra cosa, sino que el Salvador, lleno de sabiduría y de gracia, manifestaba mas la una y la otra; á medida que su cuerpo se hacia mayor y mas fuerte conforme iba creciendo en edad. No obstante, aunque fue jóven, es muy cierto que jamás mostró ni en sus palabras ni en sus acciones cosa pueril; todo estaba en aquel divino niño en la última perfeccion: todos sus pensamientos, todos los movimientos de su corazon eran otros tantos sacrificios de alabanza que ofrecía dia y noche á su Padre; y Dios era mas honrado por la menor accion suya, que lo hubiera podido ser por el sacrificio de todas las criaturas juntas. En este jóven infante encontraba Dios todas sus complacencias: Jesucristo era el único objeto en que Dios se complacia plenamente. Y como uno de los principales motivos del inefable misterio de la encarnacion del Verbo divino era dar á Dios un culto digno de su grandeza, y suplir de este modo la imposibilidad en que está el hombre de honrar á este Ser supremo, Jesucristo se dignó hacerse niño para suplir por la flaqueza de una edad naturalmente incapaz de amar á Dios. Todo era santo, todo era noble, todo magestuoso, y de un mérito infinito en este augusto niño, así como todo era divino en él; y aunque sus acciones eran proporcionadas á su edad, pero como tenían todo su mérito de la dignidad infinita de su adorable persona, eran el objeto de las delicias de aquel Dios, de quien era el hijo muy ama-

do. Esto es que lo ha inspirado á tantos santos ser devotos de la infancia del Salvador, y profesarla una piedad en cierto modo mas tierna y mas sensible; y sin duda para testificar cuán agradable le era esta devocion, se ha aparecido este divino Salvador á tantas almas escogidas en figura de niño.

§. X.

*El niño Jesus disputando con los doctores
en el templo de Jerusalem.*

Por mas que la ciudad de Jerusalem está bastante distante de Nazaret, como la santísima Virgen y san José eran muy exáctos y religiosos en observar la ley, acudían todos los años á celebrar la fiesta de pascua á aquella capital. Luego que Jesucristo llegó á la edad de doce años, quiso acompañar á sus padres. El viage era á lo ménos de treinta leguas; pero como la santísima Virgen y san José sabían el espíritu que le animaba, asintieron fácilmente á que hiciera con ellos el viage. Pásados los dias de la fiesta, José y María volviéron á tomar el camino de Nazaret en compañía de los que habian ido con ellos á la fiesta. Aunque nunca perdían de vista á su querido hijo, pero en esta ocasion permitió Dios que Jesus se quedara en Jerusalem sin que lo advirtiesen: caminaron todo un dia pensando que Jesus iria con la comitiva; pero habiendo llegado por la tarde á Berea, distante tres leguas y media de Jerusalem, quedáron sorprendidos al ver que no iba con los demas caminantes. Todo es misterioso en la vida de Jesucristo. Beda, san Epifanio y san Bernardo son de parecer que en aquellos viages los hombres iban á pelotones, separados de las mugeres, y que estando san José y la santísima Virgen úno en una banda, y ótro en ótra, creyeron fácilmente que el niño Jesus, que por la prerogativa de su edad podia ir indiferentemente en la una de las dos, estaria sin duda en la una ó en la ótra: san José creyendo que estaria con María su madre, y María creyéndole en compañía de su querido esposo. A la tarde, como las dos bandas se juntaban, le echáron ménos. Ya se dexa considerar cuál sería entónces

su inquietud y su dolor. Lo mismo fue amanecer que volver atrás la santísima Virgen y san José; y la mañana siguiente, que era el tercer dia despues de su partida de Jerusalem, le encontráron en medio de una infinidad de doctores, sentado en una de las galerías ó salas que habia alrededor del templo, donde los doctores de la ley acostumbraban sentarse y tener sus conferencias: allí el divino Niño enseñaba á los maestros, así con su modestia y mansedumbre, como por la sabiduría y sutileza de sus preguntas, y por la solidez y claridad de sus respuestas: no habia en el congreso quien no estuviera lleno de admiración, y se preguntaban únos á ótros, ¿si el que hablaba era un niño, ó un ángel?

La santísima Virgen, ménos sorprendida que los demas de aquella sabiduría tan superior á su edad, porque conocia á su hijo mejor que ellos, no pudo dexar de manifestarle la pena que les habia ocasionado su ausencia; *Hijo mio*, le dixo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? *Tu padre y yo te buscamos muy afligidos*. Quería darle á entender con esto, que si les hubiera dicho una palabra se hubieran detenido, y le hubieran aguardado con mucho gusto. *No debíais estar con pena por mí*, respondió el Salvador; *podíais pensar que no estando con vosotros estaria en el templo; porque no ignorais que yo debo emplearme en el servicio de mi Padre en toda ocasion, y buscar en todo su gloria, con preferencia á toda otra obra*. Con esto daba Jesucristo á entender bastante que no era simplemente hijo de María, sino que era tambien el hijo único de Dios Padre, pero los que estaban presentes no lo comprendieron, excepto la santísima Virgen: por eso el Evangelista añade, que María conservaba todo esto en su memoria para meditarlo despacio.

Habiendo salido Jesus del templo, despues de haber dexado á todos los doctores llenos de admiracion, volvió con María y José á la pequeña ciudad de Nazaret, donde quiso vivir desconocido, sin que nada se haya sabido en particular de las grandes acciones de virtud que exerció en su vida escondida; solo se sabe, que obedecia puntualmente á María y á José: que conforme iba creciendo en edad, mostraba mas madurez y prudencia, como si su alma, infinitamente santa, y siempre unida á la persona del

Verbo, hubiese podido hacer nuevos progresos, y crecer en gracia y en mérito delante de Dios, como lo hacia á los ojos de los hombres, acomodándose á su genio y capacidad.

Pasma el que no habiendo venido el Hijo de Dios al mundo sino para glorificar á su Padre, trabajando en la salvacion de los hombres, pasase la mayor parte de su vida en la obscuridad. ¿No hubiera podido en todo aquel tiempo correr el universo, instruir á los hombres con su doctrina, edificarlos con sus exemplós, convencerlos con sus milagros, y traerlos por todos estos caminos al conocimiento del verdadero Dios? ¿El taller de un artesano era una habitacion digna del Salvador de los hombres? ¿una vida escondida y desconocida debia ser la vida del Mesías? ¿un retiro tan largo era conveniente á un Hombre-Dios? Es menester que así fuese; pues el que era la sabiduría por esencia, el que no hace nada que no sea con una prudencia consumada, lo juzgó así.

¿Quien tenía mas en el corazon, quién deseaba promover mas la gloria de su Padre que el Hijo de Dios? ¿quien conocia mejor que él los medios que eran mas á propósito para procurarla? ¿Por ventura la salvacion de los hombres no era el fin de su encarnacion? ¿Ignoraba acaso que la conversion del universo debia ser su obra? Luego era preciso que una vida pobre, humilde y obscura hasta la edad de treinta años, glorificase mas, y fuese mas grata á Dios, que las mas estupendas maravillas: luego la obra de nuestra salvacion pedia este silencio, este retiro, esta obscuridad de vida por todo aquel tiempo. ¡O, y cómo esta verdad confunde visiblemente nuestra falsa prudencia! ¿Quien de nosotros no hubiera pensado lo contrario? Sin embargo, Dios piensa y obra de distinto modo; ¡pero qué de misterios y qué de lecciones en esta vida escondida de Jesus! El Padre Eterno quiere ser glorificado con la vida obscura de su hijo; y el Hijo de Dios prefiere esta obscuridad de vida á todas las maravillas de una vida brillante á los ojos del mundo. ¡O, y cómo esto nos enseña claramente que la perfeccion y el mérito no consisten en hacer ni en padecer grandes cosas por Dios, sino en no querer ni hacer sino lo que le place á Dios!

A la verdad, Jesucristo en el taller de Nazaret glo-

rificaba tanto á su Padre con los mas viles empleos á que se aplicaba, como lo hizo despues en la Judea con sus predicaciones y sus mas estupendos milagros: no tenia necesidad este Señor de un gran teatro para hacer grandes cosas: sus acciones las mas ordinarias y las ménos brillantes eran todas de un mérito infinito que sacaba de su propio fondo. El Evangelista solamente dice, que Jesus en todo aquel tiempo estaba sujeto á José y María: *Et erat subditus illis*; encerrando la generalidad de sus eminentes virtudes baxo el solo nombre de sujecion y de obediencia. Es constante que Jesucristo poseía todas las virtudes en sumo grado de perfeccion, y que hacia los actos de todas ellas durante esta vida escondida: todo lo pretende decir el Historiador sagrado, diciendo que estaba perfectamente sujeto: *Et erat subditus illis*.

¿Pero por qué un Hombre-Dios escoge una vida pobre, vil y obscura, estando en su mano el vivir en la abundancia y en la magnificencia? No se puede responder otra cosa, sino porque es Hombre-Dios. Ninguna condicion convenia mejor al Mesías: un Hombre-Dios no necesitaba de un mérito prestado, ni de una virtud agena para ser grande y glorioso: habiendo venido al mundo para espiritualizarle, el socorro de los sentidos, de los bienes terrenos, y de un resplandor todo material hubiera perjudicado á su designio: su magestad divina no podia, digámoslo así, darse á conocer, ni hacerse sentir mas bien que viviendo en un estado plebeyo: nada de lo que lisonjea la ambicion de un corazon carnal debia tener parte en el establecimiento de una religion del todo sobrenatural: en las humillaciones es propiamente donde su virtud parece todavía divina; y se puede decir, que la obscuridad de la condicion que ha escogido, descubre y hace mas visible, por decirlo así, su divinidad á los hombres.